

¿POPULISMO CRÍTICO O POSTDEMOCRACIA?

Problemas políticos del gobierno representativo

CRITICAL POPULISM OR POST-DEMOCRACY?

Political problems in the representative government

POPULISMO CRÍTICO OU PÓS-DEMOCRACIA?

Problemas políticos do governo representativo

Juan Carlos Monedero

Doutor

Universidad Complutense de Madrid

Espanha

jcmonedero@cps.ucm.es

Texto recebido aos 08/08/2018 e aceito para publicação aos 30/12/2018

Resumen:

A partir de los debates establecidos en el seminario "Las Izquierdas en la Actualidad: Diálogos América Latina y Europa", realizado en la Universidad de Brasilia en octubre de 2017, este texto presenta reflexiones sobre el populismo crítico como una reflexión con más capacidad interpretativa que el concepto de postdemocracia para analizar el vaciamiento de la idea de democracia en los gobiernos representativos.

Palabras clave: izquierdas mundiales. las disputas políticas. populismo crítico. postdemocracia. España.

Resumo:

A partir dos debates estabelecidos no seminário "A esquerda no presente: Diálogos América Latina e Europa", realizado na Universidade de Brasília em outubro de 2017, este texto apresenta reflexões sobre o populismo crítico contra a pós-democracia.

Palavras-chave: esquerdas do mundo. as disputas políticas. populismo crítico. pós-democracia. Espanha



This work is licensed under a Attribution-NonCommercial 4.0 International (CC BY-NC 4.0) <https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/>

Abstract:

From the debates established in the seminar "The Left in the Present: Dialogues Latin America and Europe", held at the University of Brasilia in October 2017, this text presents reflections on critical populism against post-democracy.

Keywords: world lefts. the political disputes. critical populism. post-democracy Spain.

UN NUEVO MARCO DE SENTIDO DEMOCRÁTICO: partir de la derrota

La crisis de 2008, marcada por el hundimiento de Lehman Brothers ha devuelto la discusión sobre la democracia occidental en dos direcciones.

Por un lado, el triunfo del modelo neoliberal, que marca el fin del contrato social de posguerra en una sociedad amenazada en su cohesión interna por el cambio climático, el envejecimiento, las migraciones, el desempleo, la precarización laboral, las enfermedades, la miseria, las desigualdades extremas y la incertidumbre. Por otro lado, la posibilidad de explorar un modelo para el cual no hay referencias claras y que obliga a una experimentación – sometida por tanto al ensayo y error- que será utilizada hasta en sus mínimas equivocaciones o fracasos por los defensores de la extensión y profundización del modelo neoliberal. La idea de una “selectividad estratégica del Estado”, es decir, la mayor facilidad que tienen algunos grupos para hacer valer sus demandas utilizando el aparato del Estado, así como su mayor acceso al Estado y a sus herramientas, dificulta enormemente cualquier intento de política alternativa.¹

Desde los años setenta, el neoliberalismo hizo el diagnóstico de la imposibilidad de universalización del

modelo keynesiano y, al tiempo, ofertó su terapia: la reducción del gasto social, la apertura de fronteras, la desregulación laboral y financiera, la primacía de las variables monetarias, junto a todo un conjunto de variables antropológicas, políticas, biológicas, jurídicas, filosóficas articuladas en tres ideas: los mercados no son naturales y necesitan el apoyo estatal; la superioridad moral otorgada a lo privado sobre lo público (y, por tanto, la sanción moral de las desigualdades); y la primacía dada a los derechos civiles sobre los políticos y sociales.²

La esencia de lo político, que es el conflicto ha venido dejando paso a un relato donde todo es supuestamente reducible al consenso³. La prescindibilidad de la política tiene que ver, exactamente, con su sustitución por un discurso técnico, trasunto de la construcción del modelo político sobre la base de los modelos de la economía neoclásica y el desprecio a las realidades concretas. Reducido el contexto social e histórico a algo irrelevante, desaparece la posibilidad de encontrar matizaciones o inventar alternativas, convirtiéndose el neoliberalismo en una ideología radicalmente exitosa. El neoliberalismo se entiende mejor como un “dispositivo de

¹ Bob Jessop, *State. Past, present, future*, (Cambridge: Polity Press, 2016)

² Fernando Escalante, *Historia mínima del neoliberalismo* (Madrid: Turner, 2016)

³ Chantal Mouffe, *La paradoja democrática* (Barcelona: Paidós, 2003)

racionalización”, que si bien está al servicio de un modelo económico, funciona como un sentido común del que participan también los sectores excluidos por el modelo.⁴

De ahí que ya no se debate entre opciones que encierran modelos diferentes, sino entre ajustes que van a alcanzar mejor los expertos que los ciudadanos. La caída de la URSS zanjó la alternativa *derecha-izquierda*, y, por tanto, el debate ideológico, que sería sustituido por las reglas “técnicas” marcadas por la Unión Europea, la OMC, el FMI o el Banco Mundial, que alimentaban a su vez la despolitización. El concepto “gobernanza” resume la necesidad de dar respuesta de gestión política en sociedades complejas y, al tiempo, esta simplificación. Desaparecidos los conflictos sociales, especialmente entre el capital y el trabajo, los desacuerdos son meramente una cuestión de experticia. Y esto conduce a su vez a asumir que la democracia mejora cuando los técnicos son los que toman decisiones. Un nuevo marco teórico presenta a la democracia en riesgo por culpa de los “advenedizos” de la democracia. Al tiempo, el discurso del “exceso de democracia” ha sido recuperado⁵. El regreso del *golpismo* a América Latina, aun en forma de “golpes blandos” –Brasil, Venezuela, Ecuador, Bolivia, Paraguay- o con violencia – Honduras- tenía este marco teórico como puerta de entrada.

El principal logro popular en Europa después de la Segunda Guerra Mundial, el Estado social, está siendo desmantelado bajo argumentos supuestamente técnicos y, por tanto, irrefutables. Según ese programa político, el mantenimiento del sistema de pensiones es insostenible y reclama planes

privados; la educación pública además de un dispendio es de mala calidad y quita libertad a las familias; la sanidad universal no solamente es un gasto absurdo y anquilosado sino que construye una burocracia enemiga de la libertad y la eficiencia; los que protestan ante los recortes son terroristas y enemigos de la democracia. ¿Quién argumenta esa imposibilidad?: el nuevo sentido común sostenido por un cuerpo de técnicos insertos en los aparatos del estado (principalmente abogados y economistas) que, con un lenguaje propio, definen los contornos del mundo necesario. Se trata del “estado gerencial” que arranca de los años noventa e inyecta la lógica de la empresa y el cliente en las instituciones en sustitución de la idea de ciudadanía⁶.

La recuperación del concepto “populismo”, más allá de su banalización como concepto de lucha política, se convierte, en expresión de Panizza en un “espejo de la democracia”, es decir, expresa el vacío que muestra la ausencia de reivindicación en ese espacio ocupado durante el siglo XX por la izquierda política. Y, de ahí, el populismo reclama la construcción de un “pueblo” que incorpore como “necesidad” ese elemento igualitario propio de la tradición republicana⁷. En la idea de derrota del espacio de la “izquierda” hay que considerar al menos cuatro grandes elementos: el vaciamiento de la conciencia obrera y la sumisión moral de las

⁴ Cristian Laval y Pierre Dardot, *La nueva razón del mundo* (Barcelona: Gedisa, 2013).

⁵ Peter Mair, *Gobernando el vacío*, (Madrid: Alianza, 2016)

⁶ David Osborne y Ted Gaebler, *Reinventing government: How the entrepreneurial spirit is transforming the public sector*, (New York: Addison-Wesley, 1992).

⁷ Ricardo Panizza (ed.), *El populismo como espejo de la democracia*, (México:FCE, 2009). Para el populismo como “necesidad” democrática desde una perspectiva de izquierda, Carlos Fernández Liria, *En defensa del populismo*, Madrid, Catarata, 2016. Para la construcción del populismo como enemigo de la democracia representativa en ausencia del enemigo soviético, en nombre de una “comunidad homogénea” y que puede oscilar a la derecha o a la izquierda, Loris Zanatta, *El populismo*, (Buenos Aires: Katz, 2016).

organizaciones sindicales, las insuficiencias teóricas del campo crítico, las debilidades de la gestión socialista y comunista, y la derrota social de los valores propios de la emancipación⁸. Los instrumentos teóricos de la izquierda fueron demostrando su debilidad conforme avanzaba el siglo. Ideas como el partido único, la estatalización de los medios de producción, la concepción del proletariado como único sujeto revolucionario, el desprecio del mérito o el intercambio entre justicia y libertad fueron quedando como reliquias poco atractivas para amplios sectores de la ciudadanía. De la misma manera, los valores de lo “común” fueron viéndose sustituidos por la mayor seducción de lo “particular. Partir de la derrota permite salir del resistencialismo y caminar más allá de la petición impotente de regresar al mundo perdido de finales del siglo XX.

EL MIEDO COMO HERRAMIENTA PARA LA CONSTRUCCIÓN DE HEGEMONÍA

Plantea Santos⁹ que la ciudadanía vino marcada por el derecho al trabajo, luego por el derecho al consumo y finalmente, en el último tramo del siglo XX, por el “deseo de consumo”. Las dificultades de luchar contra un deseo explican parte de las dificultades de la teoría y la praxis alternativas para armar una disyuntiva atractiva que permita sustituir la oferta neoliberal de un consumo infinito.

La pérdida de los marcadores de certeza hace referencia a la pérdida de capacidad de cohesión de aquellas referencias sociales que balizaban la vida en común durante el siglo XX. No es que hayan desaparecido sino que no cumplen la misma función que desempeñaron durante el siglo previo. Se hace cierta la advertencia de Gramsci de que los tiempos de crisis son tiempos donde lo viejo no termina de marcharse y lo nuevo no termina de llegar, espacios ideales para la profusión de situaciones mórbidas.

La lista de factores que alimentan el miedo expresado como incertidumbre es extensa. La **muerte de dios** (expresada como crecimiento de la secularización); la **quiebra del mundo del trabajo** (con el desarrollo tecnológico, la deslocalización y la derrota moral de los sindicatos); el fin del **monopolio de la familia tradicional**; la **remercantilización y la mercantilización creciente** de espacios sociales que se resistían a caer sujetos de la ley de la oferta y la demanda (como la noche, la amistad, la solidaridad, la ecología, la religión, el deporte amateur, el saber colectivo); la **precarización laboral** (por vez primera en la historia el desarrollo tecnológico destruye de manera neta empleo¹⁰. Añadamos que la participación de los salarios en el PIB desciende desde hace tres décadas, agravándose la brecha entre el norte y el sur y entre hombres y mujeres); la **urbanización** que se puso en marcha desde los años sesenta del siglo pasado y que genera una fragmentación pese a la sociedad de la información y sus tecnologías, trasladándonos a “burbujas culturales”

⁸ Juan Carlos Monedero, *El gobierno de las palabras. Política para tiempos de confusión* (Madrid: FCE, 2011)

⁹ Boaventura de Sousa Santos, *Crítica de la razón indolente*, (Bilbao: Desclée de Brouwer, 2003).

¹⁰ Carl Benedikt Frey y Michael A. Osborne, “The future of employment: how susceptible are Jobs to computerisation”, *Technological Forecasting and Social Change*, vol. 114 (2017): 254-280.

desligadas de la realidad física¹¹, responsables del incremento del uso de antidepressivos incluso en lugares de muy alta renta per cápita como Islandia¹². El descenso de la participación de los salarios en el PIB se traduce en un **aumento de las desigualdades**. Éstas, además de desestabilizar las sociedades, fomentar las migraciones, aumentar la delincuencia y desperdiciar recursos (los millones de pobres son inteligencias desperdiciadas) ha generado una nueva realidad que favorece la incertidumbre: la incorporación de los sectores populares al capitalismo financiero vía **endeudamiento**. El “hombre endeudado”¹³ empieza a asumir la condición de “empresario de sí mismo” y, por tanto, incorpora el riesgo de vivir bajo la tensión del fracaso. Sublima la desobediencia convirtiéndola en “responsabilidad” y miedo. Es el paso del “pobre” al “perdedor” como construcción subjetiva de la propia responsabilidad en el descenso en la escala social. Cierra el clima de incertidumbre el **cambio climático**, la **guerra como recurso creciente de solución de problemas**, y, como conclusión de todos estos desequilibrios, el necesario aumento de **refugiados** que buscan salir de la muerte segura, bien por cuestiones económicas, bien por cuestiones medioambientales (lo que más migraciones venía generando antes de la guerra de Siria en 2015).

La solución neoliberal a la crisis se pretende solventar con las mismas recetas que han generado la enfermedad. El recurso a más mercado, a más dinero fiduciario, a

más privatizaciones, a más precariedad laboral, desembocan en la expresión máxima de la competitividad, que es la guerra. La lucha por los recursos energéticos y la consiguiente estrategia geopolítica ha llevado a la desestabilización de Oriente Medio a partir de la invasión de Irak, así como el recrudecimiento de las presiones sobre América Latina.

Todos estos elementos tienen un rasgo en común: individualizan, insegurizan y generan un clima de miedo que actúa como caldo de cultivo de respuestas autoritarias y securitarias que justifican los recortes en el Estado de derecho. Es importante entender que estos rasgos de las sociedades neoliberales no forman parte sin más de una voluntad política donde unos actores ejecuten un plan preconcebido. Es cierto que el neoliberalismo se articula como un “enorme experimento”¹⁴, pero tiene detrás cuatro elementos estructurales que impiden cualquier suerte de “regreso al pasado”. En primer lugar, está la **globalización**, como una transterritorialización de los flujos sociales que ya no discurren en el estado nacional. En segundo lugar, la **complejidad**, entendida como la mayor diferenciación social, el crecimiento de la particularidad, el menor peso de la tradición, la fragmentación y multiplicación de la identidad y las dificultades de los grandes relatos y los grandes “contenedores” (partidos, iglesias, ideologías, naciones) para ahorrar a la ciudadanía de la misma manera que ocurría en los años veinte o treinta. En una sociedad compleja, complejizar la gestión institucional democratiza, mientras que simplificar vacía la democracia. En tercer lugar, el **desarrollo tecnológico e informacional** que quiebra los fundamentos

¹¹ Jorge Riechmann, “Sobre *lemmings* (en videojuegos) y seres humanos desconectados”, *Rebelión*, 6 de enero de 2012, <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=142416>

¹² Guillermo Rendueles, *Egolatría*, (Oviedo: KRK ediciones, 2004).

¹³ Maurizio Lazzarato, *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*, (Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores, 2013).

¹⁴ Paul Mason, *Postcapitalismo. Hacia un nuevo futuro* (Madrid: FCE, 2016)

centrales del mercado (la escasez) y de la democracia representativa (las dificultades de recabar la opinión popular). Por último, está la **caída de la tasa de ganancia** desde los años sesenta, solventada, por primera vez en la historia, no con la puesta en marcha de un nuevo desarrollo tecnológico que arrastre a toda la economía recuperando el empleo sino por la caída de los salarios de los trabajadores en un contexto de derrota de la clase obrera organizada.

POSTPOLÍTICA Y CARTELIZACIÓN DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

El discurso de la posdemocracia es una nostalgia que oculta el problema de fondo, que es el fin de la política. Pese a su polisemia, puede entenderse como el sempiterno intento liberal de desplazar la política a un lugar neutral con el fin de proclamar la muerte del antagonismo político y la aceptación resignada del reformismo político y la economía de mercado.

Las funciones tradicionales desempeñadas en las democracias liberales por los partidos políticos ya no son patrimonio exclusivo de estas asociaciones, aunque sigan siendo responsables directas del funcionamiento estructural del Estado. La pérdida de la democracia tiene mucho que ver con las deficiencias de los partidos, si bien la diferencia tiene que ver con la impugnación o no del modelo económico (el auge de los partidos de extrema derecha en Europa no se presenta como un desafío al sistema, mientras que sí lo hacen los partidos de la nueva izquierda). La desestructuración ideológica y de los electorados da una fuerza inusitada a los medios de comunicación, que

a su vez alimentan la despolitización. La gente está despolitizada y tecnócratas y medios de comunicación marcan la agenda. Eso obliga a los partidos y los políticos a supeditarse a los medios de comunicación, en una perversa relación.

En la cartelización política - dominada por el bipartidismo-, los partidos sólo están circunstancialmente fuera del gobierno, de manera que en la oposición no se comportan de manera que les dificulte la tarea cuando regresen. La financiación pública y privada, el papel mediático del liderazgo, la relevancia de los medios, la búsqueda del centro y la funcionarización de los militantes vía cargos hacen insignificante el papel de la militancia. Los partidos terminan representando no los intereses de la sociedad en la política, sin los intereses de la política en la sociedad (sea del gobierno o de la oposición) al defender como “expertos” lo que se puede hacer y lo que no¹⁵. De manera que la oposición real solo puede hacerse desde fuera de la lógica tradicional de los partidos pero no “fuera de los partidos”. La lógica de construcción alternativa deja de ser la confrontación y pasa a ser el desborde: utilizar la propia fuerza de lo que existe para superar lo que existe.¹⁶

MODULACIONES EN TORNO AL POPULISMO

El *populismo* se ha convertido en un concepto de combate. Se utiliza más en términos electorales y periodísticos para apelar a cualquier articulación política que cuestiona la democracia representativa liberal, el sistema de partidos y la exclusión

¹⁵ Peter Mair, *Gobernando el vacío*, (Madrid: Alianza, 2016)

¹⁶ Tomás Villasante, *Desbordes creativos*, (Madrid: Catarata, 2006).

de capas crecientes de la sociedad¹⁷. El agotamiento de la democracia representativa y del modelo neoliberal ha generado toda suerte de respuestas a lo largo del planeta. Desde las primaveras árabes a la *Nuit Debut* francesa, pasando por *Occupy Wall Street*, la plaza Syntagma de Atenas y el movimiento 15M en España. La expresión del movimiento indignado se resume en dos lemas que se dejaron oír en las calles de Madrid en 2011: “no nos representan”, y “no queremos ser mercancías en manos de banqueros y políticos corruptos”. La respuesta al agotamiento del modelo también ha tenido expresiones desde la extrema derecha por todo el mundo, especialmente en Europa, teniendo como elementos esenciales la crítica a la corrupción política y económica, la reclamación de soberanía, la queja ante los efectos negativos sobre las clases medias de la globalización y, paradójicamente, una crítica a los desórdenes populares que pueden generar los contextos de crisis.¹⁸

La extensión del modelo neoliberal ha ido expulsado a crecientes capas de la población de las ventajas de la vida social. La “proletarizando” de las clases medias fue utilizada por el neoliberalismo para justificar la “antipolítica”, alimentando el sentido común generalizado que otorga a lo privado mayor fuerza moral. Lo “políticamente incorrecto”, es decir, la

respuesta airada a la creciente exclusión, fue depositándose en partidos políticos de matriz conservadora, mientras que la izquierda fue apuntalando su condición de “recuperadora” del estado social perdido. Siendo el sentido común hegemónico conservador, la salida más probable de respuesta a la exclusión viene del populismo de derechas, lo que explica el ascenso vertiginoso de los partidos “antisistema” de corte xenófobo y críticos con la Unión Europea.

Aquí se verifica una dualidad. La oposición al modelo neoliberal y su correlato político de democracia representativa tiene dos momentos: uno *destituyente*, de impugnación del modelo existente, y otro *constituyente*, donde se establecen las alternativas. En la fase destituyente pueden coincidir formaciones políticas que vienen de realidades radicalmente diferentes, como el *Frente Nacional francés* (extrema derecha xenófoba fundada por un colaborador del nazismo), *Cinque Stelle* italiano (fundado por un cómico televisivo con el naufragio del Berlusconi y con los retazos de la vieja izquierda comunista) o *Podemos* en España (nacido del movimiento 15M y del agotamiento de los partidos de la izquierda socialista y comunista). La diferencia está en que el populismo conservador nunca impugna el sistema, sino los “excesos del sistema” (la burocracia, la corrupción, los privilegios de los políticos, la exclusión de sectores crecientes de la sociedad, las desigualdades extremas o, en el caso de la Unión Europea, la pérdida de soberanía nacional).

¹⁷ Francisco Panizza, *El populismo como espejo de la democracia*, (México: FCE, 2009).

¹⁸ Caruso ha resumido para el caso italiano los rasgos populistas del Movimiento 5 Stelle: “Discurso anti-élite y antipartidista; antagonismo hacia las instituciones; separación de toda la sociedad en dos grupos distintos: personas puras y élites corruptas, cada una internamente indiferenciada; una visión simplificada de la dinámica política y social; una estrategia electoral basada en un liderazgo altamente personalizado; agitación social inmediata; afirmación de la debilidad de la escisión izquierda-derecha. Por último, la ambivalencia ideológica y programática”. Lori Caruso, “Digital Capitalism and the End of Politics: The Case of the Italian Five Star Movement”, *Politics & Society*, Vol. 45(4), (2017): 586.

¿POPULISMO DE IZQUIERDA?: hacia un partido de nuevo cuño

Podemos nació en España de la experiencia del conocido como *15-M*, el movimiento “indignado”. Éste recibió el nombre del libro de Stephan Hessel *¡Indignaos!* y se configuró en mayo de 2011 tras una concentración ciudadana nocturna en la Puerta del Sol de Madrid, que había sido precedida de una manifestación esa misma tarde muy parecida a otras que tenían lugar casi semanalmente. La manifestación la convocaba el grupo *Democracia Real Ya* y contaba con el apoyo de otros colectivos como *Juventud sin futuro*, la *Plataforma de Afectados por la Hipoteca* y ATTAC. El malestar en España había crecido con la crisis de 2008, que se manifestó con dureza, especialmente entre los inmigrantes del sector de la construcción y los más jóvenes, que estaban viendo como las promesas de bienestar se disolvían. Diferentes protestas continuas a favor de la vivienda, en contra de la prohibición de las descargas en internet, a favor de la educación pública se vieron alimentadas por las protestas en el mundo árabe que arrancaron con la autoinmolación de Mohamed Buazzizi en Tunes. También formaba parte del ciclo las protestas en Portugal en marzo de 2011 (*Geração à Rasca*). De manera más constante, se producía manifestaciones estudiantiles, especialmente universitarias, que aumentaron a finales de marzo en varias capitales españolas. Esta acción colectiva crítica venía a continuar otras protestas de gran calado social, como las marchas contra la guerra en 2005, las protestas contra la catástrofe del petrolero Prestige en 2002 o las reivindicaciones universitarias contra el Plan Bolonia de la UE.

Tras la marcha del 15M, varias decenas de manifestantes decidieron acampar en la Puerta del Sol de Madrid. La policía intervino en la madrugada, deteniendo a cuarenta personas. Eso hizo crecer la indignación. En ese momento gobernaba el PSOE, por lo que la represión resultaba menos comprensible. La protesta se desbordó y desbordó la capacidad de respuesta de las autoridades. #Colapsodelsistema rezaban muchas pancartas. Se puso en marcha un proceso participativo inédito, que ayudó a cambiar el relato oficial del neoliberalismo (según el cual, la gente habría vivido “por encima de sus posibilidades” y tendría que asumir los ajustes). La responsabilidad de la crisis recaía en los políticos y en los banqueros, y por vez primera, la clase política española tenía que rendir cuentas de su quehacer, en un clima de creciente enfado por la salida a la luz de muchos casos de corrupción. El movimiento logró igualmente algo inédito al romper con las distancias generacionales al juntar a los abuelos y sus nietos en una misma protesta, quebrando la brecha intergeneracional abierta por la política de ajustes neoliberal.

El 15M tuvo éxito por cuatro razones que pudieron servir para canalizar la frustración de las mayorías: la falta de memoria (no miraba al pasado para no generar diferencias sobre la lectura del franquismo y la dictadura), la ausencia de liderazgo (que rompía con la lógica de los partidos cartelizados que se sostienen en el líder), la ausencia de estructura (que permitía una suerte de compromiso *pret-a-porter*) y la ausencia de programa (que permitía que cualquier demanda pudiera verse expresada en la queja abstracta de la protesta). Paradójicamente, esos cuatro elementos fueron los que hicieron languidecer el

movimiento. Funcionó con eficacia como proceso “destituyente” (de ahí su semejanza al populismo expresado por Laclau), pero la ausencia de memoria, liderazgo, estructura y programa terminó por debilitar su capacidad de convencer como propuesta alternativa de gobierno y debilitó su capacidad para hacer de su nueva semántica una gramática alternativa. En las elecciones de diciembre de 2015, todavía quince millones de españoles votaban partidos tradicionales, frente a seis millones que apostaban por el cambio.

Al operar como “cambio de relato”, el 15M desactivó en las siguientes elecciones generales al votante de la izquierda tradicional y movilizó, al contrario, al votante conservador, con el resultado igualmente paradójico de una mayoría absoluta del Partido Popular con apenas el 30% de los votos.

Tres años después del 15-M, la aparición de *Podemos*, una formación impulsada por profesores de Ciencias Políticas de la Universidad Complutense de Madrid, vino a continuar ese proceso de transformación. Se reclamaba heredero del 15-M, pero insistía en que no era identificable con él. Principalmente, porque manifestaba una “voluntad de poder” que le llevaba a presentarse a las elecciones y pugnar por alzarse con espacios institucionales.

Podemos nació por la apertura de una “ventana de oportunidad” bien leída por sus impulsores. El agotamiento del bipartidismo era un hecho que empezaban a recoger las encuestas. La sustitución del PSOE por el PP y viceversa había operado de manera tal que ya no había un trasvase de votos entre ellos. Izquierda Unida –la formación que articuló al PCE y a otras fuerzas alternativas-, podía intentar recoger el descontento, pero optó

por reforzar los aparatos internos, frenó un proceso de confluencia y rechazó someter a primarias la lista de las elecciones europeas de 2014. Había otros dos elementos de relevancia. Por un lado, la existencia del *Frente Cívico* “*Somos mayoría*”, una organización impulsada en 2012 por Julio Anguita, fundador de Izquierda Unida, que abogaba por crear una fuerza política al margen de los partidos que se basara en unos cuantos puntos mínimos de lucha contra la crisis. La implantación del *Frente Cívico* en el conjunto de España iba a prestar una base territorial que Podemos iba a utilizar, sumada a la que brindaba otra formación que estuvo desde el principio en la creación de Podemos, Izquierda Anticapitalista, vinculada a la IV Internacional.

El último factor esencial era el auge mediático alcanzado por Pablo Iglesias, el más conocido de los fundadores de Podemos. Pablo Iglesias (nacido en Madrid en 1978) había empezado presentando *La Tuerka*, un programa de debate político realizado en una televisión local que se veía principalmente por internet y que empezó a tener gran predicamento entre sectores jóvenes. De ahí saltó a medios televisivos en abierto de escasa difusión, especialmente de la extrema derecha, desde donde fue convocado a las tertulias políticas de máxima audiencia hasta convertirse en una figura mediática con una gran influencia. El contexto de las elecciones europeas de mayo de 2014 permitía probar fortuna electoral sin caer en las acusaciones –dañinas en términos de votos- de “dividir a la izquierda”, ya que este tipo de elecciones no concitan un gran interés popular (la abstención en España en las elecciones europeas de 2014 fue del 54,16%). En esas elecciones *Podemos* consiguió 1’2 millones de votos y el 7,97% de los votos. En las elecciones general de

diciembre de 2016 sumó el 20'66% y 5.130.283 votos, convirtiéndose en apenas dos años en la tercera fuerza política, a trescientos mil votos del PSOE, fuerza hegemónica en la izquierda desde la recuperación de la democracia. En junio de 2016 hubo una nueva convocatoria de elecciones al no poderse formar gobierno. En esa ocasión Podemos concurreó en alianza con Izquierda Unida, Equo, En Comú Podem (Catalunya), Compromís (Comunidad Valenciana) y En Marea (Galicia) que situó a la coalición como segunda fuerza política en España. Si bien el grupo parlamentario funciona de manera confederal, la referencia pública de la coalición se referencia en torno al grupo principal que es Podemos.

Podemos irrumpió con un discurso que enfatizaba la “voluntad de ganar”, algo que contrastaba con la actitud tradicional de la izquierda radical que se contentaba con arrastrar hacia posiciones más críticas al PSOE. Igualmente, lanzó un discurso que reclamaba la transversalidad, esto es, apelaba a los damnificados por la crisis en vez de apelar a ideologías preconcebidas. *Podemos* afirmaba que el eje “izquierda-derecha” ya no funcionaba, no porque no existiera la derecha política y social, sino por la difuminación de la izquierda y la polisemia del concepto. Un ejemplo repetido insistía en que cuando alguien era desahuciado o despedido nadie le interrogaba si era de derechas o de izquierdas. De hecho, ese eje sólo servía para que el PSOE se situara ocupando el espacio de la izquierda y el centro-izquierda, y el PP la derecha y el centro-derecha, de manera que quien entrara en el sistema de partidos tenía necesariamente que ubicarse en los extremos sacrificando el espacio ganador de la centralidad (no exactamente del centro, sino

de la lectura del espacio amplio del sentido común hegemónico). Si había cambios en los contenidos, también los había en los medios con la incorporación de las redes sociales a las campañas, así como con la apuesta por irrupciones novedosas en la política que lograban hacerse virales. La eficaz campaña en televisión de los portavoces, la hegemonía en las redes sociales, especialmente Facebook y twitter – inédito en la política española- y actos multitudinarios diferentes (en enero de 2015 se concentraron en la Puerta del Sol de Madrid más de 300.000 personas en una convocatoria de *Podemos* que no reivindicaba nada en concreto sino simplemente “la alegría de contarnos”) rompieron el silencio tradicional al que se condena a las nuevas formaciones políticas en los sistemas cartelizados.

Conocedores de las insuficiencias de los partidos políticos, desde *Podemos* se diseñó un modelo de partido con dos vectores. Uno electoral, con gran presencia mediática de sus líderes, jerárquico, con un poder ejecutivo con muchas prerrogativas (otorgadas en el congreso del partido donde hubo una discusión con quienes planteaban un modelo más participativo y “menos leninista”), orientado a ganar elecciones y que permitía a la Ejecutiva (configurada por once personas) tomar un gran número de decisiones, incluido alterar el orden de las listas elegidas obligatoriamente por procesos de primarias.

Podemos nació en una coyuntura electoral donde en el plazo de dos años se concentraban cinco procesos electorales. La “locomotora electoral” terminó devorando parte del segundo vector, el igualitario, espontáneo, deliberativo, encargado de la *accountability horizontal* y responsable de la relación entre el partido y los representantes

y la sociedad. En este segundo vector, configurado por los “círculos”, era esencial que se saliera de lo que generaba fricciones en los partidos tradicionales: la elección de los cargos públicos. Para ello se convocaron, por estatutos, primarias abiertas a cualquier persona que quisiera inscribirse. De esta manera se pretendía dar la elección de los candidatos a la ciudadanía, rompiendo con el maleficio que llevaba a que los candidatos elegidos por los partidos terminaran pareciéndose demasiado a los propios partidos y no a la gente común. Esa decisión sirvió para que los círculos se volcaran en las campañas electorales y no en las discusiones internas. Sin embargo, cuando hubo que elegir a los órganos del partido a partir de 2015 (secretarios generales en las Comunidades Autónomas y en los municipios, así como consejos ciudadanos autonómicos y consejos ciudadanos municipales) se repitió la experiencia de fractura que siempre ha caracterizado a los partidos políticos. Michels volvía a ganar la partida. Los problemas de organización llevaron a la primera gran crisis real de *Podemos*, con la destitución del Secretario de Organización en marzo de 2016, algo que sería utilizado por los medios y los demás partidos para intentar provocar una ruptura y facilitar la abstención de *Podemos* que permitiera formar un gobierno entre el PSOE y un nuevo partido de derecha liberal, Ciudadanos, nacido para contrarrestar el auge de *Podemos*. El intento fracasó y hubo que convocar nuevas elecciones seis meses después.

Si se consideran los desafíos de la nueva política en el marco que hemos señalado, los problemas de *Podemos* se resumen en tres ámbitos muy relacionados: (1) qué respuesta había que dar a la desafección ciudadana nacida del 15-M; (2)

qué tipo de partido se quería construir; (3) qué idea de transversalidad se asumía respecto del sujeto del cambio.

Respecto de la respuesta al alejamiento ciudadano de la política, se enfrentaban dos grandes discusiones: representar el enfado ciudadano expresado el 15-M o aprovechar esa *indignación* para reconducirla hacia posiciones políticas más transformadoras y no meramente “recuperadoras” del statu quo previo a la crisis económica de 2008. El 15-M era un movimiento que alcanzó una enorme simpatía porque abrazaba tanto a los damnificados tradicionales de las políticas del capitalismo como a las nuevas víctimas de clase media que pasaban a engrosar las filas “proletarizadas”. La ruptura de la brecha generacional y su capacidad para adaptarse a las especificidades de cada territorio ayudaron también a que sus propuestas alcanzaran hasta el 78% de aceptación popular.

Al producirse los cambios económicos en un breve lapso de tiempo, la sensación de pérdida no pudo naturalizarse y generó un malestar ciudadano que permitió el cambio de relato respecto de la inevitabilidad y moralidad del relato neoliberal. Dicho en otros términos, una parte no cuantificada del 15-M no estaba en contra del sistema, sino en contra de los “excesos del sistema”, esto es, de la exclusión, de las desigualdades evidentes, la corrupción y la sensación de amenaza. Representar tácticamente a los indignados desde la crítica a los “excesos del sistema” tenía un problema estratégico: era mucho más sencillo que viniera una fuerza política de la derecha a representar ese ámbito –con la ventaja de que no exigiría nada novedoso a cambio–, además de que generaba unos apoyos que eran volátiles. Por otro lado,

reconducir el enfado ciudadano hacia posiciones más comprometidas con la construcción de “democracias de alta densidad”¹⁹ (Santos) implicaba ahondar en un programa alternativo.

Este debate puede expresarse como una discusión entre “Laclau y Santos”. Según la hipótesis populista, se trataba de construir un “ellos” –a quien se denominó la casta siguiendo el ejemplo italiano- y un nosotros –un pueblo en construcción- polarizando la situación en torno a un liderazgo que se vaciaba de sus demandas iniciales concretas, para facilitar una cadena de equivalencias donde cualquier desafección con el régimen pudiera encontrar acomodo simbólico en el “significante vacío” representado por el líder²⁰. Esto llevaba a construir un relato solamente con “marcos ganadores”, de manera que quedaba fuera del discurso todo aquello que fuera controversial (durante las elecciones europeas se generó una polémica porque en una escuela de verano de *Podemos*, donde se formaba a candidatos, se planteó que no se debía hablar en campaña del aborto, pese a que el Partido Popular en el gobierno pretendía una reforma que retrocedía treinta años ese derecho. El argumento esgrimido era: “no es un marco ganador”. Se terminó generando protestas de sectores feministas lo que provocó un desmentido por parte de *Podemos*)²¹.

La que llamamos “hipótesis Santos” se puede expresar en términos de su sociología de las ausencias y su sociología

de las emergencias y, más en concreto, en la idea de la traducción. No se trataría de que las demandas se vacíen para poderlas sumar, sino de ayudarlas a traducirse entre ellas a las búsqueda de una sintonía política que está marcada por la superación de las causas compartidas que han generado las demandas. No se adapta a la hegemonía vigente sino que parte de ella para desbordarla. La hipótesis populista, desde esta perspectiva, tiene tres problemas. Por un lado, su condición transitoria. Sólo sirve en el momento “destituyente”, pero no en el “constituyente,” al desideologizarse y hacer pedagogía de la confrontación necesaria para superar el marco neoliberal. El populismo es transitorio. En segundo lugar, no confronta con el populismo conservador, brindándole una alfombra roja a formaciones que compartiendo la crítica a lo existente no intranquilizan a los mercados ni al *statu quo* social (es lo que ocurrió en España con el surgimiento de *Ciudadanos*, la reconversión nacional de un pequeño partido catalán que fue impulsado mediáticamente después de que el Presidente del Banco de Sabadell expresara la necesidad de “un Podemos de derechas”. En las elecciones generales de 2016 *Ciudadanos* alcanzó 40 diputados, convirtiéndose en la muleta potencial del viejo bipartidismo). En tercer lugar, la hipótesis populista expresada por Laclau (pensada para el ámbito latinoamericano del siglo XX) no explica las dificultades de los gobiernos a la hora de hacer políticas públicas que confronten a algún poder existente pues, por un lado, esos asuntos no habrían estado en la agenda política (la ciudadanía puede sentirse estafada al no habersele advertido de esas intenciones) y, por tanto, no se ha generado debate social. Además, es más sencillo que, al no haberse priorizado, queden fuera de la gestión de un gobierno de cambio que va a recibir

¹⁹ Santos, Boaventura de Sousa y Leonardo Avritzer, “Para ampliar el canon democrático”, en Boaventura de Sousa Santos, *Democratizar la democracia. Los caminos de la democracia participativa* (México: FCE, 2004)

²⁰ Ernesto Laclau, *La razón populista*, (México: FCE, 2005).

²¹ Puede verse la polémica en: http://www.eldiario.es/andalucia/desdeelsur/Escuela-Verano-Podemos-Sevilla-pragmatismo_6_289481062.html

necesariamente muchas presiones y tendrá que escoger qué problemas enfrentar.

El tipo de nuevo partido oscila entre la creación de una “maquinaria de guerra electoral” que priorice las elecciones y el trabajo institucional, o un partido de novísimo cuño que prime la participación como requisito esencial para cambiar el sentido común. Pero no se trata de optar por una u otra, sino de sincronizar esos dos momentos. Los partidos políticos, como el parlamentarismo, son realidades del siglo XIX que siguen operando con principios periclitados como la prohibición del mandato imperativo, y que siguen legitimándose con realidades que ya no se cumplen (el poder legislativo como representación de la nación, depósito del monopolio de la elaboración de las leyes y lugar del control del gobierno). Todos elementos superados en lo que Manin²² llamó “democracias de audiencia”.

La pelea entre “táctica” y “estrategia” latente entre la “hipótesis Santos” y la “hipótesis Laclau” cobra nuevos bríos en la organización interna de un partido que quiera superar la cartelización señalada por Katz y Mair²³. Se trata de escoger entre un partido al servicio de un liderazgo vertical (que se justifica como la táctica necesaria para lograr una mayoría electoral), o bien un movimiento socio-político con mayor nivel de complejidad. Es decir, que aúne las obligaciones representativas propias de la partidocracia (tarea que le corresponde a los órganos de dirección, a los consejos ciudadanos del partido y a los cargos políticos electos), junto a la politización y condición autónoma y autogestionada de esa

parte “no partido” del partido (esto es, en el caso de *Podemos*, los círculos). Los círculos, para salir de las cárceles estructurales de la cartelización política, debieran funcionar con la lógica de la subsidiariedad, es decir, que debieran tener autonomía en la gestión de su trabajo, al tiempo que deben recibir la asistencia de la parte más orgánica, en términos de financiación y apoyo. Le corresponde a ese ámbito de “no-partido” el control político desde debajo del ámbito de partido. Esto sólo es posible desde una lógica que rompa con la profesionalidad en la política y establezca una limitación de los mandatos (En el caso de *Podemos*, según los estatutos del partido ningún cargo puede estar en el mismo más de dos legislaturas). Es evidente que la máxima democracia es inoperante en términos de eficacia (lo que generó la decadencia del 15M), pero no es menos cierto que en el medio plazo la primacía de la eficacia termina colapsando si no se mantiene la politización que sólo se logra con la deliberación horizontal y la participación igualitaria. Algunos círculos pueden pervertirse, pero de la otra manera, es la organización la que está estructuralmente pervertida.

La idea de la transversalidad, por último, es rehén igualmente de la discusión entre táctica y estrategia. Desde la hipótesis populista y desde la defensa del modelo de partido como “maquinaria electoral”, la transversalidad se convierte una vez más en la probabilidad de representación del malestar ciudadano. Pero una vez más tiene problemas. En primer lugar, la expresión de la transversalidad como un discurso que se arme sobre un mínimo común compartido socialmente puede terminar por desideologizar el discurso, al tiempo que sacrifica la posibilidad de que las nuevas generaciones cobren conciencia política (la

²² Bernard Manin, *Del gobierno representativo*, (Madrid: Alianza Editorial, 1998).

²³ Katz, Richard y Mair, Peter, Changing models of Party Organization and Party Democracy. The emergence of the Cartel Party, en *Party Politics*, vol.1, núm.1. 1995.

propuesta de mínimos que en su día hizo el *Frente Cívico* hacía referencia a una renta básica universal, que impugna de partida todo el modelo fiscal propio del neoliberalismo). En segundo lugar, rechaza la discusión acerca de cómo se han construido las preferencias sociales que se quieren representar, asumiendo implícitamente una moderación en los comportamientos acorde con la propia moderación social (como en el debate ya no están, por ejemplo, ni el reparto del empleo ni la democracia en el lugar del trabajo, estos asuntos quedan fuera si se quiere alcanzar a un número mayor de gente).

Podríamos diferenciar entre una “transversalidad complaciente”, que renuncia a cualquier referencia de luchas pasadas postulando una etapa radicalmente nueva que quiere construir el sujeto “pueblo” simplemente a través del discurso (como si la capacidad performativa del lenguaje fuera infinita), y una “transversalidad crítica”, que rompe con la idea nuclear de que el sujeto del cambio es la clase obrera organizada y con la idea de que una única fuerza política puede llegar a representar a toda la gente que trabaja. Esta segunda idea de transversalidad busca salir de etiquetas que fragmenten la base social usando categorías agotadas. Pretender alianzas electorales guiadas por la búsqueda de “mayorías de izquierda”, hablar exclusivamente a “la clase trabajadora”, anclar las referencias en modelos que remiten al socialismo del siglo XX, construir formaciones políticas que sean meros agregados de siglas (“sopas de siglas”), armar una política resistencialista que busca alguna forma de “regreso al pasado” son fórmulas que abundan en el fragmento y que deben ser superadas si se quiere tener éxito electoral (y desde la caída de la URSS, está

fuera de cualquier lógica soluciones que no sean electorales).

LAS DIFICULTADES IRRECONCILIABLES DEL CAMBIO POLÍTICO: contra el desperdicio de la experiencia

Partiendo de la misma conclusión - que no existe un sujeto único de transformación social y, aun menos, que pueda postularse su existencia sobre la base de un universalismo esencialista como el que señalaba el marxismo mecanicista- la pregunta acerca de la construcción de una identidad política capaz de ser portadora de legitimidad es una cuestión a resolver a la hora de valorar la posibilidad de la transformación social. Es evidente que la construcción de una identidad pasa por un discurso que tenga la capacidad performativa para colocar todas las demandas sociales en el mismo lado de la frontera entre la inclusión y la exclusión y para convertir esa exclusión en un antagonismo. En Laclau²⁴, el vaciamiento del significante que va a convertirse en hegemónico -vaciamiento necesario para permitir la cadena de equivalencias, pues de otro modo, no se podrían representar todas las demandas- implica una “claudicación parcial” de las demandas particulares. Y esa claudicación, sumada a las pequeñas claudicaciones camino de buscar el mínimo común sobre el cual construir un “nosotros” y un “ellos” termina difuminando las luchas y debilita los esfuerzos. Sería, en palabras de Santos, un “desperdicio de la experiencia”. En Laclau, como en las propuestas populistas sean de derecha o emancipadoras, el proceso que suma demandas particulares para construir

²⁴ Ernesto Laclau, *La razón populista*, (México: FCE, 2005).

una identidad que porte la posibilidad de la transformación, es vertical. Va de las demandas concretas al “significante vacío” que suma el conjunto. Es la demanda con capacidad de convertirse en hegemónica –el liderazgo populista- quien define la identidad política, que viene ya determinada o será definida por el propio liderazgo. El riesgo de que se desperdicie la experiencia, como hemos visto, es muy alto. Establecer la construcción del sujeto pueblo sobre la base del discurso fuerza a Gramsci en una dirección incorrecta, pues separa la construcción de hegemonía de la revolución y de la lucha, convirtiéndolo en una mera táctica electoral que no puede construir un nuevo sujeto porque no confronta la nueva identidad con ninguna realidad material que vaya más allá de la sensación de haber visto rechazada una demanda que no se ha elaborado en profundidad. El momento hegemónico “estratégico” tiene por supuesto que contar con la correlación de fuerzas sociales y debe confrontar la “realidad rebelde” que dificulta la emancipación, pero al igual que no hay una explicación mecánica entre la estructura y la superestructura, no puede postularse la ausencia de una base objetiva estructural que haga al discurso plenamente autónomo²⁵.

Es precisamente esta dificultad para definir y controlar la identidad desde el discurso lo que lleva a militarizar las organizaciones políticas populistas para unificar teóricamente las definiciones y detener cualquier “disidencia”. Lo que es sensato –hacer sacrificios en los intereses de la mayoría para facilitar su posterior defensa construyendo un nuevo bloque histórico- se convierte en una renuncia hueca que se

compensa con una organización férrea y muy disciplinada. Si algo que podríamos llamar “leninismo amable” sería una fórmula que busca rebajar la incertidumbre social a través de la construcción de liderazgos nacidos de las luchas concretas, basado en el principio zapatista de “mandar obedeciendo”, la hipótesis populista finalmente deviene en una suerte de leninismo nada amable²⁶. El nuevo sujeto político, formado y conectado, no soporta el funcionamiento tradicional de los partidos.

Por el contrario, en la propuesta de Santos, el proceso de construcción de una alternativa también es alternativo (por tanto, rompe la selectividad estratégica del estado encadenada al viejo modelo) y construye una “inteligibilidad mutua” entre las diferentes demandas que se traducen entre sí en condiciones de igualdad. Es en esa tarea de traducción entre demandas donde se explora la capacidad de combinación y la identidad alternativa que surja no está definida a priori. Una propuesta, la de Laclau, está guiada por un *tacticismo arrogante*, mientras que la

²⁵ Juan Dal Maso, “Gramsci: tres momentos de la hegemonía”, *IzquierdaDiario.es*, el 29 de abril de 2016, <http://www.laizquierdadiario.com/ideasdeizquierda/gramsci-tres-momentos-de-la-hegemonia/>

²⁶ Por un lado se define verticalmente el significado de pueblo; por otro, hay una adaptación a lo existente. Como planteó el Secretario Político de *Podemos*, Íñigo Errejón - “Podemos es la crisis”, *Contexto*, el 23 de marzo de 2016-, se trataría de “unirse a los consensos de sentido común que ya están en la sociedad”. Para el responsable de discurso de *Podemos*, Jorge Moruno (Jorge Moruno, “Confederación de almas”, en *eldiario.es*, 20 de abril de 2016, https://www.eldiario.es/tribunaabierta/Confederacion-almas_6_507509267.html)-, se trataba de: “poner en el centro del debate político lo que ya se entiende que son consensos fraguados en la sociedad (...) Dicho de otro modo, la centralidad se compone de una transversalidad, que a su vez, toma cuerpo con las demandas instaladas en la sociedad (...) para hacer de ellas algo central en la arena política electoral e institucional”. Igual que la academia terminó asumiendo que los partidos “*catch-all*” no era lo que los partidos eran sino lo que debían ser, la transversalidad despojada de una crítica de las desigualdades termina por convertirse en un discurso hueco que desconecta, como las copias de arte, del mundo real y finito, en la misma estela en que Rawls saca del diálogo ideal las cuestiones económicas. Al final, el horizonte no es tanto *transformar* como *gestionar*, corriéndose el riesgo de convertir el proceso político en una mera sustitución de élites.

propuesta de Santos apunta a una *voluntad estratégica humilde*.

En términos prácticos, la propuesta de Laclau lleva a primar el aparato del partido, hace de la moderación del discurso una clave dedicada a la construcción de mayorías, rechaza las luchas pasadas que no son hegemónicas e invita a un malestar difuso y blando que permita sumar. Pero ahí demuestra su enorme debilidad: es coyuntural y transitorio, apenas justificado con argumentos de *Blitzkrieg* (pretendiendo que el proceso de acceso al poder puede ser vertiginoso), prima la emocionalidad para suplir la falta de compromiso programático (acercándose en la “emoción de la pertenencia” a los planteamientos nacionales de la extrema derecha populista), no permite que arranque un nuevo ciclo de ahondamiento democrático al trabajar exclusivamente con los consensos existentes, incumple las promesas generales y abstractas de renovación al no poder realizar los cambios por falta de apoyo popular, y, en definitiva, una vez más, desperdicia la experiencia. En términos de probabilidad de alcanzar el cambio, no genera un pueblo con capacidad de apoyar al gobierno más allá de lo electoral, de manera que el riesgo de alcanzar el gobierno pero carecer de parcelas reales de poder es muy alto, deviniendo el ejercicio del poder en pactos y concesiones a la vieja política que sacrifican el ánimo simbólico de lo nuevo al no hacer de la verdad un territorio propio de la política emancipatoria. En conclusión, corren el riesgo de devenir en una mera sustitución de élites políticas. El ejemplo de Brasil con la crisis del impeachment a Dilma Rousseff y las imputaciones a Lula Da Silva son claras al respecto.

UN EXCURSUS SOBRE LA SELECTIVIDAD ESTRATÉGICA DEL ESTADO

La selectividad estratégica señala, como hemos apuntado, que la forma en la cual el estado ha solventado sus conflictos históricamente le hace más proclive a solventar unos asuntos que otros. Para Bob Jessop, es donde se verifica el “sesgo de clase” del Estado, si bien esa ventaja comparativa se realizará o no dependiendo de la correlación de fuerzas social. No es tanto que el estado sea *per se* un instrumento de clase, sino que su trayectoria (la *path dependence*) lleva a que tenga memoria de las victorias históricas que la burguesía ha infligido al proletariado, los hombres a las mujeres, los blancos a otras razas, el centro sobre la periferia, etc. Una política alternativa tiene que operar sobre esta selectividad²⁷.

Bob Jessop plantea mirar al Estado desde una matriz con seis celdas. Esta mirada nos resulta esencial para entender que en los Estados hay espacios de privilegio – sesgos de clase- que hacen que determinadas demandas y determinados grupos tengan mayor acceso a las palancas del Estado para lograr sus objetivos. Se trata, como hemos visto, de la selectividad estratégica del Estado que marca profundas desigualdades en la relación con el Estado: (1) respecto de los modos de representación, hay un desigual acceso al Estado, así como desiguales capacidades para resistir al Estado fuera de él. Aquí los sistemas electorales y las campañas, la motivación personal, el apoyo económico familiar o de grupo,

²⁷ Bob Jessop, *El futuro del Estado capitalista*, (Madrid: Catarata, 2008).

tradiciones familiares, redes de confianza o apoyo insertadas previamente en el Estado, etc. marcan una enorme diferencia. (2) en cuanto a la arquitectura del Estado, está la desigual capacidad para definir y articular posiciones dentro del aparato del Estado, por formación, prestigio, acceso a formación, redes de apoyo, dominio de la legislación, etc.; (3) en lo que se refiere a la intervención del Estado en la sociedad, aparecen los diferentes modos y mecanismos de intervención en virtud del control de los mecanismos. Para ejercer la coerción, la selectividad estatal selecciona sectores conservadores vinculados a la defensa del *statu quo* y sus justificaciones (la nación, por ejemplo, es un elemento de cohesión para la policía y el ejército), así como al negocio de la seguridad privada. El dinero –bancos centrales, bancos privados, aseguradoras, agencias de calificación, brokers- son parte de los sectores privilegiados salarial o económicamente, de manera que articulan un ejército de justificación del *statu quo*. La ley ha generado igualmente un colectivo autoreferenciado que crea sinergias entre bufetes de abogados, jueces, notarios y gestores políticos de la justicia, por lo general alejados, por los mecanismos de selección, de las mayorías. Por último, el conocimiento, con el auge de las universidades privadas y la privatización del conocimiento, marca también una selectividad que hace del conocimiento una herramienta privilegiada de disciplinar en la gubernamentalidad neoliberal; (4) en cuanto a las bases sociales, los desniveles en la distribución de recursos materiales y simbólicos entre las clases o fracciones de clase están dirigidos precisamente a conseguir el apoyo al *statu quo*, sin olvidar que es más fácil articular a minorías que a mayorías. Aquí opera la fragmentación de esas mayorías y la capacidad de

estigmatización de los sectores subalternos, que terminan anhelando salir de esas clases subalternos y pertenecer, aunque sea en el deseo, a las clases medias y altas; (5) Respecto de los proyectos estatales, la fragmentación del sistema estatal y su ineficacia correspondiente debilitan a los sectores más débiles (los departamentos que gastan frente a los que ingresan; los que atienden demandas feministas que los que articulan los rescates bancarios, los que atienden a minorías que los que atienden a las grandes empresas y bancos), de la misma manera que priman al Ejecutivo respecto del Legislativo; (6) en cuanto a las visiones hegemónicas, hay una enorme debilidad de la provisión de propuestas de legitimidad alternativas en tanto en cuanto lo que existe tiene la fuerza del orden existente, el refuerzo consistente que hacen los privilegiados del mismo (frente a la enorme fragmentación de las alternativas) y la construcción diaria del sentido común vigente a través de los medios de comunicación y de la cooptación de intelectuales.²⁸

La imaginación es aquí condición *sine qua non*. En 1995, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, cuyo levantamiento indígena en 1992 pondría en trance al gobierno del PRI instalado durante siete décadas en México, se reunió con el gobierno en la población de San Andrés, en Chiapas, al sur del país. Las negociaciones entre el ejército y los rebeldes tuvo lugar en una cancha de baloncesto del pequeño pueblo, para recordar que era una negociación con los humildes. Esa fue la primera batalla ganada. Las negociaciones no iban a tener lugar en el Palacio de Gobierno, donde el Estado ha ido dejando

²⁸ Bob Jessop, *State. Past, present, future*, (Cambridge: Polity Press, 2016), pp. 97-177.

durante décadas las marcas de su dominio – en los cuadros, en las habitaciones cerradas, en el lujo, en los ujieres solícitos o molestos, en los trajes y las corbatas, en los horarios marcados por la burocracia, en el ir y venir de asistentes inútiles, en la solemnidad idiota que invita al silencio- que terminan maniatando a quien entre en el mismo. Esa cancha era la proclamación de una victoria y el gobierno, sentado en sencillas sillas a las que no estaba acostumbrado, sabía que hacer política en el territorio del pueblo era una derrota.

EL PRINCIPIO DE SUBSIDIARIEDAD COMO PODER DE CONTRAPESO

No existe un marco global que sustituya a la democracia representativa ni al capitalismo, pero cada negación de este modelo que se reclame universal forma parte de la “sociología de las emergencias”²⁹ que permite intuir la alternativa. Por eso es esencial impugnar desde ese nuevo sentido común la viabilidad del modelo vigente pese a la ausencia de alternativas. La idea de colapso acompaña a la crisis civilizatoria. El modelo neoliberal es un “sentido común”, con su utopía, su salvación y su idea de felicidad. Los análisis críticos suelen devenir en forma de “profecías del desastre” que invitan más al miedo y a la parálisis que a la acción colectiva. Las críticas morales que no articulan un proyecto político corren el riesgo de caer en el catastrofismo y desde ahí en la parálisis, como ocurrió con una parte de la Escuela de Frankfurt.

²⁹ Boaventura de Sousa Santos, “Hacia una sociología de las ausencias y una sociología de las emergencias”, en Boaventura de Sousa Santos (2005)

Las soluciones que se brindan oscilan entre salidas mercantiles (en un mercado global) o en la forma extrema de la competitividad que es la guerra. Enfrente no hay un modelo que se guíe por “lo que se quiere” sino por “lo que no se quiere” (el ejemplo más claro es la propuesta ecologista del decrecimiento), en una suerte de paréntesis a la búsqueda de un nuevo sentido común que sustente nuevas políticas públicas.

El objetivo, no muy alejado del ámbito emancipador histórico, busca construir un “sentido común de lo común”, frente al actual “sentido común de lo particular”. Las tres mercancías ficticias señaladas por Marx y recuperadas por Polanyi³⁰ como construcciones que no pueden entenderse como puras mercancías salvo que se quiera perecer en el “molino satánico” del mercado –la tierra, los trabajadores y el dinero-, son tres elementos a revertir en la construcción de una política alternativa. Podríamos añadir una cuarta mercancía también ficticia, el conocimiento colectivo, que igualmente debiera regresar a su lógica “común”. Estos cuatro elementos no son creados por el mercado ni por su metabolismo y, sin embargo, se convierten en su posibilidad de beneficio. La agenda política alternativa debiera por tanto desmercantilizar estas mercancías ficticias devolviendo a la tierra la posibilidad de su sostenibilidad, a los trabajadores su posibilidad de una vida buena, al dinero su condición de mero instrumento de intercambio, y al conocimiento, como inteligencia colectiva, la posibilidad de construir bienes a coste cero al ser la información un bien que, a diferencia de cualquier otro, no es escaso.

³⁰ Karl Polanyi, *La gran transformación*, (México: FCE, 2011 [1944]).

Frente a estas transformaciones estructurales, se insiste en meramente solventar los errores o las disfunciones – como la corrupción- del modelo neoliberal. Pero, aun ayudando a avanzar hacia una nueva etapa, esta salida hace referencia exclusivamente a los “excesos del sistema”, no a los problemas estructurales del mismo, cayendo en críticas moralizantes que terminan colaborando con la parálisis y frenan la politización, verdadera herramienta para el cambio. En el horizonte inmediato, hay transformaciones que toman contornos de urgencia: la reducción de las emisiones contaminantes (con la necesaria nacionalización de la energía), el fin de los paraísos fiscales, la desconcentración de los monopolios (en primer lugar, el de las armas y los alimentos), la regulación del sistema financiero, la socialización de las tecnologías de la información –incluyendo la democratización de los medios de comunicación-, el reparto del empleo y de los cuidados, la instauración universal de una renta básica universal (con una advertencia: de nada sirve brindarla en Europa si hay más de trescientos millones de personas en la ribera mediterránea esperando cruzar las fronteras para instalarse allí) y la puesta en marcha de políticas de igualdad que solventen las extremas desigualdades que distorsionan los sistemas económicos y condenan a la mitad de la humanidad, las mujeres, a situaciones de subalternidad.

Hay tres lógicas alternativas a explorar que debieran servir, conjuntamente, para construir ese “pensamiento alternativo de alternativas”. Estas lógicas facilitarían las transformaciones al ayudar a impugnar la selectividad estratégica del Estado, buscando mecanismos que ayuden a quebrar su mayor inclinación para atender determinados intereses y reproducir las estructuras de

poder material y simbólico tanto en el estado como en la sociedad. Al tiempo, cubren los principios políticos y los requisitos institucionales que Fung y Olin Wright señalan como claves para construir un “contrapeso” del poder en un momento de crisis del Estado afirmativo³¹.

Las tres lógicas que proponemos son las siguientes. Por un lado, la “lógica Wikipedia”, el trabajo colaborativo que Mason³² llama el “Estado wiki” y que entra dentro de la propuesta de Santos de un “Estado experimental”. Se basa en el hecho de que las ideas, la información y las relaciones son intangibles, pueden generar bienes a coste cero y funcionan mejor cuanto más gente las comparte. Wikipedia, una enciclopedia de 26 millones de páginas y 24 millones de colaboradores produce, gracias al trabajo colaborativo y las posibilidades que brindan las tecnologías de la información, la más importante enciclopedia del mundo, con 8500 millones de páginas visitadas al mes. Y gratis, haciendo cierto el sueño socialista de lograr bienes gratuitos y con calidad (Wikipedia ha sido reconocida como una enciclopedia con mayor calidad que la Enciclopedia Británica, lo que no quita que también incorpore errores)³³. A diferencia de Twitter, no es una empresa con intereses mercantiles y tiene filtros que establecen controles que evitan que el conocimiento se democratice a la baja (lo que ocurre en Twitter o en Facebook). Es verdad que las multinacionales están contratando a gente para controlar los

³¹ Archon Fung y Erik Olin Wright (eds.), *Deepening democracy. Institutional Innovations in Empowered Participatory Governance (Real Utopias Project)*, (London/New York: verso, 2003).

³² Paul Mason, op.cit.

³³ Jim Giles, “Special Report Internet encyclopaedias go head to head” *Nature*, 438, (2005): 900–901. Disponible en: <http://www.nature.com/nature/journal/v438/n7070/full/438900a.html>

contenidos de determinadas voces, pero este mismo hecho forma parte de un aprendizaje fácilmente controlable desde la misma lógica cooperativa. Esa “producción entre iguales basada en bienes comunes” señala la posibilidad de una lógica alternativa que ya está aquí y que debe ser alentada. En términos estatales, esta lógica se traduce en un Estado que se desborda a sí mismo en la medida en que delega en la sociedad civil determinadas tareas al tiempo que acompaña los procesos deliberativos y ejecutivos.

La segunda lógica es la del Foro Social Mundial (FSM), que garantiza universalidad, traducción, deliberación, ecumenismo, resolución pacífica de los conflictos y fraternidad³⁴. Es una lógica que mira desde el Sur, que recuerda que al lado de las gramáticas de la distribución propias del marxismo están las gramáticas de la identidad y del reconocimiento ocultadas por el colonialismo epistemológico del norte. La lógica del FSM camina al ritmo de la gente (no son las instituciones las que fuerzan a los militantes) pero también tiene un organismo democrático de gestión, el *Consejo Internacional*, que conjura el peligro de los movimientos con estructuras débiles (que, como las olas en el mar, sólo existen cuando hay viento). Su condición plural y su capacidad de encuentro hace un retrato muy amplio del nivel de la conciencia –es lucha cultural y también lucha política, están los intelectuales y los activistas- y alimenta una idea esencial para la rearticulación de la alternativa: cada vez que un movimiento establece una oposición y ésta no se defiende como un particularismo sino que se postula con validez global, es una tesela que se coloca en la pared, camino de la creación del

dibujo final de la alternativa donde el mosaico lo crean la suma de las protestas.

Por último, está la lógica de los indignados (15-M, Primaveras árabes, occupy Wall Street, Nuit Debout, Mareas Ciudadanas), que, sumando elementos de las “lógicas Wikipedia” y la “lógica FSM” se basan en la impugnación de la democracia representativa, la impugnación de la exclusión económica, exige nuevas formas de participación ligadas a las nuevas tecnologías, cuestiona las empresas de medios de comunicación, propugna un funcionamiento libertario profundamente destituyente y propone como articulación del nuevo modelo un proceso constituyente que rompe con la lógica de los partidos e inyecta participación en la política institucional. Las explosiones de indignación funcionan como “acontecimientos” que rompen las fronteras cognitivas y permiten ir más allá de los límites sociales. Son piezas de la construcción de las “utopías reales”³⁵.

Sin embargo, estas tres lógicas, que pueden operar en el medio y largo plazo, tienen el horizonte obligatorio, cuando enfrenten el corto plazo, de articular la construcción de alternativas desde la capacidad institucional, único espacio real para frenar el metabolismo capitalista en su fase neoliberal. Esas tres lógicas alternativas pueden verse expresadas –y sublimadas en algo superior- en los casos de formaciones políticas que frente al eje “derecha-izquierda” –aunque sin desechar el “aire de familia” proveniente de las tradiciones de la izquierda-, insisten en el eje “abajo-arriba” y el eje “nuevo—viejo”. La apuesta por los de abajo implica la reivindicación popular (es el ámbito de la fraternidad, preterido frente a la igualdad y la libertad en la oferta de la

³⁴ Boaventura de Sousa Santos, *Foro Social Mundial. Manual de uso*, (Barcelona: Icaria, 2005).

³⁵ (Wright, 2000)

Ilustración). El eje de lo nuevo engloba todas las novedades que emergen de la lectura crítica de la vieja izquierda y de su derrota. Hemos visto que el caso de *Podemos* en España suma la lógica horizontal de los círculos propia del movimiento indignado, incorpora una nueva gramática sustentada tecnológicamente que es irreverente con la selectividad estratégica del Estado, y tiene una clara referencia de construcción internacional, de manera evidente europea³⁶. Al tiempo, construye una maquinaria electoral que tiene la posibilidad de convertir en políticas públicas los programas contruidos colectivamente. La construcción de *Podemos* es necesariamente posterior al nuevo relato que posibilitó la ocupación de las plazas durante casi tres años y busca ser la encarnación institucional de las exigencias que representan las tres lógicas señaladas (que coincide con la finalización de la conversión en meras mercancías del dinero, los trabajadores, la tierra y el conocimiento). Su gran reto está en convertir el estado en un lugar de reinención de la política, siendo capaz de poner en marcha la idea de subsidiariedad que ayude a la sociedad a organizarse de manera autogestionada, es decir, que permita la autoorganización sin

³⁶ Ejemplos evidentes de la selectividad estratégica contra a los gobiernos de cambio en Europa o América Latina, municipales o estatales, pueden verse en la conexión personal de la judicatura con los partidos tradicionales, en la oposición de los cuerpos funcionariales a los cambios, en la habilidad de la maquinaria político-mediática para magnificar los errores o inventar escándalos, en el mayor coste de energía institucional que implica la búsqueda de soluciones alternativas dentro de una lógica, conservadora por definición –y que huye de las innovaciones–, en el endeudamiento heredado y la capacidad arbitraria de presión del sistema financiero, en el mayor conocimiento de las fuerzas tradicionales de las trampas jurídicas que se usan cuando se gobierna y que se denuncian como si se tratara de golpes de estado desde la oposición, en la vinculación entre las élites financieras globales y las élites políticas conservadoras, en la formación que suministran las universidades, en la menor trayectoria profesional de los cuadros y militantes vinculados al cambio, en la capacidad seductora del sistema para crear divisiones internas en las fuerzas alternativas o captar cuadros, etc.

que eso signifique abandonar a su suerte a las partes inferiores que asumen una tarea (ese engaño fue el correlato de la descentralización en los años ochenta, significando finalmente una suerte de privatización ligada a la idea de “estado mínimo”). La idea de subsidiariedad significa que la administración ayuda a la sociedad civil a organizarse, le suministra los elementos básicos para el encuentro, junto a medios humanos y recursos materiales, para inmediatamente ponerse en segundo plano, permitiendo que la propia sociedad se autoorganice. Este ponerse en segundo plano pero sin retirarse –una suerte de “política maternal” frente al paternalismo socialdemócrata o comunista– permite aunar las tres fuentes de la izquierda tradicional – la reformista, la revolucionaria y la rebelde o libertaria–, cuya separación ha sido un elemento esencial para la derrota de la emancipación en el último tercio del siglo XX³⁷.

³⁷ Un ejemplo claro de esta política de subsidiariedad está en la construcción del II Plan para la Igualdad de Mujeres y Hombres en Gipuzkoa (2012-2020), que desembocaría en la Norma Foral 2/2015 de igualdad. La Dirección de igualdad operó desde la institución con lo que Jessop llamaría metagobernanza de mando, dialogada y solidaria. Para ello, dedicó su primer año de gestión a activar el tejido social feminista, reunió a todas las asociaciones vivas, impulsó otras nuevas, creó espacios de encuentro, ayudó a salir de los cuellos de botella del asamblearismo y del burocratismo y entregó a esa sociedad civil, una vez organizada, la Presidencia de la Comisión, ocupando la directora de igualdad –cargo similar a Ministra en ese ámbito institucional territorial– el puesto de Vicepresidenta, con la misión de acompañar el proceso (no de dirigirlo). Es decir, el proceso deliberativo estaba dotado de capacidad de decisión. La Dirección de Igualdad acompañó constantemente el proceso desde esa idea de subsidiariedad, garantizando que las decisiones se podían implementar y aportando saber experto. El funcionamiento era un flujo constante de información y decisiones desde la institución a las instancias deliberativa y viceversa. El resultado fue una Ley de igualdad muy avanzada que tuvo que ser apoyada, debido al amplio consenso social logrado, por el conjunto de los partidos políticos, incluidos algunos de los conservadores. Véase Laura Gómez, “Instituciones públicas como instrumentos feministas emancipadores para un mundo en transición”, *Viento Sur*, n.º.143, (2015).

Este doble vector partidista y movimentista asume que en la crisis civilizatoria actual lo viejo, aunque inservible, aún pugna por existir, mientras lo nuevo, promisorio, aún no ha demostrado su capacidad. Mientras las nuevas certezas se consolidan, la solución tiene que ser dinámica. Las formaciones políticas deben ser al tiempo “onda y partícula”, asumiendo que todas las reivindicaciones van a estar en conflicto y que, por tanto, hay que convertirlas en sucesos dialogables donde participen las mayorías no solo en la decisión sino, sobre todo, en la deliberación. La solución no va a estar en el corto plazo en ningún extremo de los conflictos ligados a las soluciones (no se trata de encontrar un punto medio entre el nazismo y los judíos o entre el terrorismo financiero y los desahuciados), debiendo brindarse ese diálogo entre las prácticas y los discursos en pugna: entre el partido y los movimientos, entre el municipalismo y el estado, entre el estado y la internacionalización, entre el consumo y la sostenibilidad, entre el liderazgo y la participación, entre la especialización y la interdisciplinariedad, entre las tradiciones y el progreso, entre la autoregulación y la regulación pública, entre la propiedad privada y los bienes comunes, entre los intereses particulares y los intereses generales, entre la vanguardia y la retaguardia. Todas estas discusiones deben ser cabalgadas como contradicciones o “tensiones creativas”³⁸ usando las tres lógicas señaladas pero desde el control de las instituciones, para lo cual es esencial la construcción de un partido político de nuevo cuño que acompañe con una nueva lógica – la subsidiariedad construida desde una

perspectiva global- las lógicas nuevas que permiten una sociedad postcapitalista.

Referencias bibliográficas

- LINERA, Álvaro García, *Las tensiones creativas de la revolución*, La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional, 2010.
- FUNG, Archon y Erik Olin Wright (eds.), *Deepening democracy. Institutional Innovations in Empowered Participatory Governance (Real Utopias Project)*, London/New York: verso, 2003.
- MANIN, Bernard, *Del gobierno representativo*, Madrid: Alianza Editorial, 1998.
- SANTOS, Boaventura de Sousa, “Hacia una sociología de las ausencias y una sociología de las emergencias”, 2005.
- SANTOS, Boaventura de Sousa, *Crítica de la razón indolente*, (Bilbao: Desclée de Brouwer, 2003).
- SANTOS, Boaventura de Sousa, *Foro Social Mundial. Manual de uso*, Barcelona: Icaria, 2005.
- JESSOP, Bob, *El futuro del Estado capitalista*, Madrid: Catarata, 200.
- JESSOP, Bob, *State. Past, present, future*. Cambridge: Polity Press, 2016
- FREY, Carl Benedikt y Michael A. Osborne, “The future of employment: how susceptible are Jobs to computerisation”, *Technological Forecasting and Social Change*, vol. 114 (2017): 254-280.
- LIRIA, Carlos Fernández, *En defensa del populismo*, Madrid, Catarata, 2016.
- MOUFFE, Chantal, *La paradoja democrática*, Barcelona: Paidós, 2003.

³⁸ Álvaro García Linera, *Las tensiones creativas de la revolución*, (La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional, 2010).

LAVAL, Cristian y Pierre Dardott, *La nueva razón del mundo*, Barcelona: Gedisa, 2013.

OSBORNE, David and Ted Gaebler, *Reinventing government: How the entrepreneurial spirit is transforming the public sector*, New York: Addison-Wesley, 1992.

LACLAU, Ernesto, *La razón populista*, México: FCE, 2005.

ESCALANTE, Fernando, *Historia mínima del neoliberalismo*, Madrid: Turner, 2016.

PANIZZA, Francisco, *El populismo como espejo de la democracia*, México: FCE, 2009.

RENDUELES, Guillermo, *Egotría*, Oviedo: KRK ediciones, 2004.

GILES, Jim, “Special Report Internet encyclopaedias go head to head” *Nature*, 438, (2005): 900–901. Disponible en: <http://www.nature.com/nature/journal/v438/n7070/full/438900a.html>

MORUNO, Jorge, “Confederación de almas”, en *eldiario.es*, 20 de abril de 2016, https://www.eldiario.es/tribunaabierta/Confederacion-almas_6_507509267.html

RIECHMANN, Jorge, “Sobre lemmings (en videojuegos) y seres humanos desconectados”, *Rebelión*, 6 de enero de 2012, <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=142416>

MONEDERO, Juan Carlos, *El gobierno de las palabras. Política para tiempos de confusión*, Madrid: FCE, 2011.

DAL MASO, Juan, “Gramsci: tres momentos de la hegemonía”, *IzquierdaDiario.es*, el 29 de abril de 2016, <http://www.laizquierdadiario.com/ideasdeizquierda/gramsci-tres-momentos-de-la-hegemonia/>

POLANYI, Karl, *La gran transformación*, México: FCE, 2011 [1944].

KATZ, Richard y Mair, Peter, Changing models of Party Organization and Party Democracy. The emergence of the Cartel Party, en *Party Politics*, vol.1, núm.1. 1995.

GÓMEZ, Laura, “Instituciones públicas como instrumentos feministas emancipadores para un mundo en transición”, *Viento Sur*, nº.143, (2015).

CARUSO, Lori, “Digital Capitalism and the End of Politics: The Case of the Italian Five Star Movement”, *Politics & Society*, Vol. 45(4), (2017): 586.

ZANATTA, Loris, *El populismo*. Buenos Aires: Katz, 2016.

LAZZARATO, Maurizio, *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*, Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2013.

MASON, Paul, *Postcapitalismo. Hacia un nuevo futuro*, Madrid: FCE, 2016.

MAIR, Peter, *Gobernando el vacío*. Madrid: Alianza, 2016.

Puede verse la polémica en: http://www.eldiario.es/andalucia/desdeelsur/Escuela-Verano-Podemos-Sevilla-pragmatismo_6_289481062.html

PANIZZA Ricardo (ed.), *El populismo como espejo de la democracia*, México:FCE, 2009.

SANTOS, Boaventura de Sousa y Leonardo Avritzer, “Para ampliar el canon democrático”, en Boaventura de Sousa Santos, *Democratizar la democracia. Los caminos de la democracia participativa*, México: FCE, 2004.

VILLASANTE, Tomás, *Desbordes creativos*, Madrid: Catarata, 2006.